

ANTONIO DÍAZ TORTAJADA  
PLEGARIAS DESDE EL VACÍO INTERIOR



Desclée De Brouwer

ANTONIO DÍAZ TORTAJADA

PLEGARIAS DESDE  
EL VACÍO INTERIOR

---



DESCLÉE DE BROUWER

BILBAO - 2019

© Antonio Díaz Tortajada, 2019

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henao, 6 - 48009 Bilbao

[www.edeslee.com](http://www.edeslee.com)

[info@edeslee.com](mailto:info@edeslee.com)



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-3052-8

Depósito Legal: BI-699-2019

Impresión: Itxaropena, S.A. - Zarautz

**Espiritualidad en tiempos de cambio**

**La ola es el mar**

Descárgalo gratis en [edeslee.info](http://edeslee.info) con el código:

**ESPIRITUALIDAD3052**

## PRÓLOGO

---

He recorrido un largo camino. Me siento privilegiado y agradecido con el buen Dios. Ha sembrado en nosotros el deseo de buscarle y es lo que he intentado de hacer en estos años.

Imagino esta búsqueda del Señor como una montaña que debo escalar. Es muy empinada y muchos caen. Yo con ellos. ¿Has visto en las películas a los escaladores unidos por una gruesa cuerda? Así subimos esa montaña.

A medida que nos acercamos a la cima cada paso cuesta más. Sentimos deseos de rendirte y regresar, pero algo en nuestro interior nos grita: “Vamos. Nunca te rindas. Toma las fuerzas que necesitas”.

Un día, estando en este afán, me senté a reflexionar y nos dimos cuenta de algo fundamental: Sin la oración estamos perdidos.

La oración sacia la sed interminable que tiene el alma por Dios.

La oración nos da serenidad. Es como la suave brisa del verano que nos refresca en medio del calor agobiante. De pronto llega, nos envuelve y nos llena de alegrías y esperanzas.

Comprendí por qué nuestra debilidad espiritual, por qué pecaba con tanta facilidad.

No era un hombre de oración. La oración no formaba parte de mi agitada vida.

Me dije: “¿Cómo vivir en paz si Tú no habitas en mi corazón?”.

Decidí cambiar esa situación y acercarme más a Ti, buscarte para conocerte; y conocerte para amarte. Y lo hice a través de tu Palabra y de la oración.

Hay un deseo profundo en nuestra alma, que solo Tú puedes calmar.

Empecé a buscarlo sin tener respuestas, hasta que comprendí algo que una vez experimenté: Orar es estar en tu presencia desde la quietud.

La Palabra de Dios, nos asegura que, si estamos en sosiego, lograremos conocerle; pero llegar a la quietud... es más fácil decirlo que hacerlo.

Como Blaise Pascal aseguró una vez: “Todas las miserias de la persona humana vienen de que nadie puede permanecer en sosiego durante una hora”.

Lograr la tranquilidad parece que está más allá de nosotros mismos, y esto nos deja con un cierto dilema: Necesitamos quietud para encontrar a Dios, pero necesitamos su ayuda para encontrar la quietud. Con esto en mente, ofrezco una oración por la quietud.

Pidamos al Señor calma para nuestro corazón para que podamos saber que El es Dios, para que podamos saber que El crea y sustenta cada aliento nuestro, que en cada segundo llama a la existencia al universo entero –yo mismo no menos que todos los demás soy tu amado– que quieres que nuestra vida florezca; que desees nuestra felicidad, que nada cae fuera de tu amor y cuidado, y que todo y todos están seguros en tus amorosas y cuidadosas manos, en este mundo y en el futuro.

Desde entonces, algunas cosas han cambiado en mi vida. Disfruto mucho rezando, siento que estoy en la presencia amorosa del Dios que es Amor, que Tú me escuchas y que te manifiestas como Padre. Y te preocupas por mí.

Cuando uno empieza a orar, crece en nosotros como un deseo interior de estar a solas con contigo. Y comprendo por qué

dijiste: “Pero tú, cuando reces, entra en tu pieza, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí, a solas contigo. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará” (Mateo 6, 6).

Me encanta esa parte en que nos asegura: “Tu Padre que está allí, a solas contigo”.

Mientras escribo estas “Plegarias desde el vacío interior” me brotan del alma estas palabras: “Gracias Padre por amarnos tanto”.

Torrebaja – Valencia, verano 2018





Qué fácil resulta, Señor, traducir a nuestro mundo  
o traducir a escenas de nuestra vida cotidiana  
la imagen que usas, Señor, en el Evangelio  
del hijo que le dice al padre  
“sí, sí, ya voy, ya lo hago, ya voy a la viña”,  
y sin embargo no va.  
Y cuántos de nuestros hermanos  
con su corazón renqueando y protestando,  
y sin embargo al final terminan yendo.  
Me siento identificado, Señor, con el primer hermano.  
Esta parábola la dices, Señor, a los sumos sacerdotes  
y a los ancianos del pueblo,  
es decir, a la autoridad religiosa del pueblo de Israel,  
y se sitúa en una de las batallas que tuviste que dar  
constantemente contra un grupo de personas  
que se sentían que ellos poseían la ley, ellos la conocían bien.  
Por otra parte, en un pasaje, escribe el evangelista san Juan,  
palabras que pone en boca de los judíos, delante de Pilatos:  
Nosotros tenemos una ley y sabemos que por esa ley  
(se refieren a Ti, Señor,) tiene que morir.



Pero esos que no conocen la ley son unos malditos.  
Así veían –diríamos– unos ciertos judíos a otros.  
Y es a ese sector, que se siente poseedor de las promesas,  
poseedor de la ley y conocedor, digamos judíos de “clase A”  
–el fariseo que oraba en el templo  
“te doy gracias Señor porque yo cumplo  
con todos los mandamientos  
y no como ese publicano que está ahí,  
mientras que yo pago el diezmo de la menta y del comino,  
hasta las cosas más minuciosas y más detalladas”–.  
Y sin embargo, dices Señor,  
que el Padre no aceptó, no acogió la oración,  
la acción de gracias de aquel fariseo  
(que probablemente decía verdad,  
pero su corazón se situaba delante de Ti en una gran mentira;  
la mentira de creer que uno puede pasarte factura,  
cuando todo lo que somos lo hemos recibido de Ti).  
Mientras que el publicano decía:  
“Yo soy un pobre pecador, ten piedad de mí”.  
Y aquel pecador público que era el publicano,  
ladrón público  
–lo mismo que las prostitutas  
eran mujeres públicamente proscritas  
de la comunidad del pueblo judío;  
igual que los publicanos, los jugadores de dados,  
los pastores también era una profesión proscrita en tu tiempo,  
de acuerdo con la moralidad  
y la interpretación farisea de la ley–...

Es a eso a lo que te refieres Señor.  
Y vienes a reclamar que no son nuestras exterioridades  
lo que cuenta;  
que la moral nace del corazón del hombre.  
El hombre puede hacer muchas obras buenas,  
y luego decir “Señor, Señor, predicamos en tus plazas”,  
y dices “no os conozco, apartaos de mí, malvados,  
porque vuestro corazón está lejos de Dios”.  
Es ese mismo contexto, es ese mismo combate,  
que fue uno de los aspectos  
que claramente te llevaron a la Cruz y a la Muerte.  
Ese combate, por la verdad de una moral  
que solo nace del corazón,  
y que a lo mejor no consigue hacer demasiado bien  
porque el corazón está herido.  
El publicano cuando decía  
“Señor, te pido misericordia de mí que soy un pobre pecador”  
seguramente también tenía razón: Era un pecador.  
Lo mismo que el ladrón,  
aquel asesino que había sido crucificado junto a Jesús  
(“Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino”)  
y hace un acto de fe en el momento mismo de la muerte.  
Y ese acto de fe, nacido en el corazón,  
en ese momento en que no hay mentiras,  
en que no valen las mentiras, no valen los juegos,  
ni las trampas que te hacemos, Señor, constantemente,  
cuando no vale nada de eso, solo vale el corazón,  
Señor Jesús, Tú das una batalla infatigable

a lo largo de tu vida entre nuestras peripecias y trabajos  
a favor de esa vinculación estrecha  
entre la verdadera moral y el corazón del hombre,  
no tanto en las obras exteriores  
(los fariseos lavaban los platos antes de comer,  
los purificaban, hacían un montón de gestos,  
y dice tu evangelista Marcos...  
“Seguían otras muchas tradiciones humanas”).  
Tú dices: “No”.  
Es del corazón humano de donde brotan las envidias,  
la soberbia, las rapiñas, la lujuria”.  
Por lo tanto, ¿qué es lo que quieres Señor?  
Que nos convirtamos.  
Pero, ¿qué significa convertirnos?  
Que cambiemos nuestro corazón.  
Pero, ¿sabemos lo que hay detrás?  
Porque cuando Tú, Señor, describes la verdadera moralidad  
de esta manera,  
hay dos premisas a tener en cuenta.  
Una, apela a nuestra libertad.  
Tú, Señor, no necesitas nuestras buenas obras.  
Tú, Señor, no necesitas que tengamos muchas cualidades.  
Tú, Señor, no necesitas nuestras cualidades en realidad.  
Tú, Señor, solo necesitas nuestro sí.  
Y el sí lo da la libertad.  
Desde nuestra libertad creamos los lazos  
de nuestra alianza contigo.  
Nuestra libertad es el alma de nuestra alianza.

Tú hiciste la alianza con un pueblo.  
Pero lo que quieres no es unos siervos,  
sino un pueblo de hombres libres.  
Una Esposa que te ama libremente...  
si la salvación del hombre es amar a Dios sobre todas las cosas,  
con todas nuestras energías.  
No se puede amar a la fuerza.  
Y tampoco servirte o amarte de mentirijillas,  
amar para quedar bien.  
Se puede quedar bien delante del jefe,  
delante de la opinión pública,  
de nuestra familia, de la familia política,  
se puede quedar bien de unos y de otros,  
pero delante de Dios no.  
La libertad a la que apelas es lo único que nos ha sido dado  
y que tenemos que poner en juego.  
Nuestro corazón esta anhelando y suplicándote, Señor.  
Y ese es el corazón que Tú ves.  
Nos diste una libertad para poder amar.  
No es una libertad que tiene objeto,  
porque el amor o es libre o no es amor.  
Y si estamos hechos para el amor  
y nuestra vocación es el amor, y nuestra plenitud  
y nuestra felicidad está en acoger el Amor de Dios  
y dejar que ese Amor florezca en nuestras vidas  
y amar desde ese Amor a todos los hombres,  
eso solo lo puede hacer un sujeto libre.  
Por eso, la libertad para el cristianismo es esencial.

Pero, para que esa libertad sea esencial, hace falta otra cosa:  
Tener conciencia  
de que nuestras vidas transcurren en tu presencia Señor.  
Es decir, que el único juez de nuestras vidas eres Tú, Señor  
También eso nos hace libres frente a la mirada del mundo  
con la libertad gloriosa de tus hijos...  
Porque el único juicio que nos importa es el tuyo.  
Cuando se pierde ese horizonte, Señor,  
se puede seguir usando la palabra libertad,  
pero la palabra libertad cambia radicalmente.  
Y es una libertad que destruye,  
no es una libertad que tiene objeto.  
Es una libertad negativa.  
Y por lo tanto es una libertad que solo lleva a la división.  
Danos, Señor, tu luz  
que podamos asomarnos un poquito  
a este misterio de libertad que somos.  
Pero que la libertad no es lo último.  
La libertad está en función del amor,  
solo que el amor verdadero a Dios o a los hermanos  
exige ser dueño de uno mismo,  
y no basta con intereses.  
Los intereses rompen.  
Se puede usar la palabra libertad  
pero no es libertad lo que se defiende, son otras cosas.  
Que Tú, Señor, nos concedas a todos la sabiduría, la fortaleza,  
la libertad y el construir, con todos nuestros medios,  
una paz verdadera y no solo una paz aparente.

Amén.